

Ser sacerdote hoy. Amar intensamente a Cristo para transmitir su mensaje de salvación

Alessandra Clementini

Consultora de comunicación del Pontificio Consejo de los Laicos

DESDE HACE TIEMPO, parece evidente cómo la sociedad contemporánea se está caracterizando por una dominante visión materialista de la vida. Se dirige la atención casi exclusivamente a cuanto pueda satisfacer inmediatamente todo deseo terrenal de felicidad y bienestar. En particular, emergen siempre más los efectos que tal materialismo genera, empezando por un sentido relativista de la moral, o sea, la tendencia, sobre todo en las jóvenes generaciones, a llevar a cabo una elección fuertemente subjetiva de los valores que se ponen como guía del propio estilo de vida. En otras palabras, se trata de un sistema de valores que no se consideran universalmente válidos, sino que son elegidos de modo subjetivo, en cuanto que son convenientes a un deseo completamente individualista y personal de vivir. Un relativismo ético y cultural respecto al cual han sido iluminadoras las palabras del entonces Cardenal Joseph Ratzinger, pronunciadas durante la homilía del 18 de abril de 2005, el día anterior a ser elegido Sumo Pontífice de la Santa Iglesia Romana: «Se va formando una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus deseos. Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Es él la medida del verdadero humanismo».

En estas pocas líneas se puede reconocer un elemento “nuevo”, que arroja nueva luz en esa atmósfera de incertidumbre que reina en la vida presente. Así, en un contexto socio-cultural que parece haberse casi liberado del mensaje cristiano, en el que adultos y jóvenes cada vez atribuyen menor importancia a la fe religiosa, o a lo sumo realizan una selección de los contenidos de la moral cristiana y de la fe, se introduce la Verdad de Cristo: un auténtico mensaje de salvación, cuya tarea de difusión le ha sido confiada por Cristo mismo al sacerdote. El Jueves Santo, en efecto, Cristo ha instituido no sólo el misterio de la Eucaristía, donándose a los hombres con un acto de infinita caridad y humildad, sino también el ministerio sacerdotal. Cristo se entrega a sí mismo a los sacerdotes en su sagrado y santo ministerio y a la vez los reviste de la tarea de ser para los cristianos un *alter*

Christus – otro Cristo –, de trabajar por la salvación de las almas a través de la administración de los sacramentos y de la predicación incansable del Evangelio, de continuar con perseverancia la misión empezada por Cristo sobre la tierra. En otras palabras, de actuar *in persona Christi* – en persona de Cristo.

Sobre la base de estos presupuestos, con ocasión del 150° aniversario del *dies natalis* de San Juan María Vianney, desde siempre considerado como el Santo Patrono de todos los párrocos del mundo, el Santo Padre, el Papa Benedetto XVI, ha convocado el “año sacerdotal” el día de la solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús, el 19 de junio de 2009. La finalidad fue «contribuir a promover el empeño de renovación interior de todos los sacerdotes, para un testimonio evangélico más fuerte e incisivo en el mundo de hoy» (Carta del Santo Padre para la convocación del año sacerdotal, el 16 de junio de 2009).

En el curso de este año sacerdotal, el Papa se ha detenidas numerosas veces sobre la figura del sacerdote. Lo ha hecho no sólo desde un punto de vista teológico y espiritual, analizando con atención al Santo Cura de Ars, para presentarlo a los sacerdotes como ejemplo de vida sacerdotal a seguir, sino también desarrollando un atento examen de la situación en que se encuentra la sociedad actual. Así, ha evitado crear un escisión de aquella profunda unión dejado en herencia por Cristo entre el sacerdote y su pueblo, el rebaño del que cada sacerdote es pastor.

Está claro, entonces, cómo, sólo de este modo, o sea, partiendo de un análisis de la situación crítica que implica el *status vivendi* contemporáneo, le ha sido posible al Santo Padre hallar los puntos de partida para dar inicio a aquel proceso de renovación cristiana que necesita la sociedad y, en primer lugar, el hombre.

En particular, analizando las causas que han producido ese tipo de extravío moral que atenaza al hombre de hoy, entre tantas pequeñas y grandes constataciones de hecho, ha emergido una verdad que atañe directamente al espíritu humano. Se trata, en efecto, de un sorprendente deseo de conocer Dios. Un grande y profunda sed de Cristo, a quien cada hombre anhela en su interior, a veces de modo inconsciente, y que, a su vez, lo lleva a nutrir expectativas muy altas respecto al sacerdote. De él el hombre quiere a Cristo. Aspira a comprender su misterio, a reconocer en la misma vida su presencia estable y tranquilizadora, porque llena de Amor. Y, en esta visión, no es para nada arriesgado afirmar que «de él tiene derecho a esperar, ante todo mediante el anuncio de la Palabra», que «tiende a que el hombre encuentre a Jesús, especialmente en el misterio eucarístico, cora-

zón palpitante de la Iglesia y de la vida sacerdotal» (Juan Pablo II, *Don y misterio*, cap. IX).

«No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16). Precisamente en estas palabras de Jesús se puede leer no sólo el profundo misterio de la vocación sacerdotal, como don de Dios a la Iglesia, sino, sobre todo, la tarea que corresponde a cada sacerdote, consciente y, por tanto, agradecido de la gran confianza que Dios ha puesto en él al elegirlo como su ministro para llevar su mensaje de salvación a la personas. Llevar a Cristo y su Evangelio a los hombres para que fructifique en la existencia humana. Éste es el fundamento del servicio sacerdotal que tanto necesitan los seglares hoy en día. En otras palabras, como ha afirmado el Santo Padre, Benedetto XVI, durante la audiencia general, en la plaza de San Pietro, el 14 de abril de 2010: «El sacerdocio es respuesta a la llamada del Señor, a su voluntad, para llegar a ser anunciadores no de una verdad personal, sino de su verdad. [...] el Señor ha confiado a los sacerdotes una gran tarea: ser anunciadores de su Palabra, de la Verdad que salva; ser su voz en el mundo para llevar aquello que contribuye al verdadero bien de las almas y al auténtico camino de fe».

Además de esto, es necesario tener siempre presente que cada hombre percibe, como una sensación, que el “fruto” al que hace referencia Jesús, y del que se ha hablado antes, no es un fruto duradero y eficaz si no nace de una profunda e íntima comunión del sacerdote con Cristo. Por tal motivo, es muy importante para un laico ver en el sacerdote ante todo a un hombre de oración, y sólo en un segundo momento a un hombre activamente entregado a los compromisos sociales de la actividad pastoral. La oración, en efecto, es el principal medio para conocer a Jesús de manera cada vez más personal, escuchándolo, viviendo con Él, tal como ha afirmado el Papa Benedetto XVI, en su discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal del Burkina Faso y Níger en visita *Ad limina Apostolorum* (el 20 de marzo de 2010): «Es, en efecto indispensable que el sacerdote pueda dedicar tiempo para profundizar en su vida sacerdotal, con el fin de evitar caer en el activismo. [...] El sacerdote es ante todo un hombre de Dios, que trata de responder con una coherencia siempre mayor a su vocación y a su misión al servicio del pueblo que le ha sido confiado y al que tiene que conducir hacia Dios».

A la luz de lo que dicho hasta ahora, en la general desorientación de nuestros días, el laico busca en el sacerdote a un hombre intensamente enamorado de Cristo, en cuyos ojos resplandezca un amor ardiente por

Cristo. Quiere, al mismo tiempo, que aparezca evidente en el sacerdote ese deseo creciente de conocer a Cristo para ser una luz, que es Cristo mismo, que pueda infundir confianza a los hombres, como guía para el propio camino de vida. En el fondo, este amor indisoluble que une al sacerdote a Cristo hunde sus raíces en lo que San Pablo afirmaba respecto al sacerdocio, es decir, que ser sacerdote significa sobre todo ser «servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles» (1 Co 4,1-2). Cristo confía al sacerdote sus bienes, es decir, los bienes de la salvación, los cuales se esclarecen en el triple ministerio al que cada sacerdote tiene que dedicarse con responsabilidad y amor: el ministerio de la Palabra para evangelizar y guiar a las almas; de la Penitencia, volviéndose, así, testigo auténtico de la misericordia divina; de la Eucaristía, como momento de íntima comunión con Cristo. Solo a través de la administración de estos tres ministerios el sacerdote ofrece a los laicos, no sólo un testimonio vivo de la Verdad, sino sobre todo un modelo auténtico y cierto de Verdad a seguir en la misma vida, y que es Jesucristo, como dijo Pablo VI en su discurso a los miembros del *Consilium de Laicis*, en el lejano 2 octubre de 1974: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio».

No es una casualidad, por tanto, que el Santo Padre, Benedetto XVI, haya elegido como ejemplo de vida sacerdotal, precisamente al Santo Cura de Ars, «ejemplo para todos los sacerdotes. Era hombre de gran sabiduría y fortaleza heroica para resistir a las presiones culturales y sociales de su tiempo a fin de llevar las almas a Dios: sencillez, fidelidad e inmediatez eran las características esenciales de su predicación, transparencia de su fe y de su santidad. Así el pueblo cristiano quedaba edificado y, como sucede con los auténticos maestros de todos los tiempos, reconocía en él la luz de la Verdad. Reconocía en él, en definitiva, lo que siempre se debería reconocer en un sacerdote: la voz del buen Pastor». (Audiencia general, 14 de abril de 2010).